

Agatha Mystery

Primera edición: septiembre de 2014

Título original italiano: *Destinazione Samarcanda*

Idea original de Mario Pasqualotto.

Proyecto editorial de Atlantyca Dreamfarm, s.r.l., Italia,
en colaboración con Luca Blengino.

Cubierta original e ilustraciones: Stefano Turconi

Adaptación del diseño y maquetación: Emma Camacho

Edición: David Sánchez Vaqué

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Traducción: Elena Martínez Nuño

© 2014 Atlantyca Dreamfarm s.r.l., via Leopardi 8, 20123 Milán, Italia
Publicado por primera vez por Istituto Geografico De Agostini, S.p.A.,
Novara, Italia.

© 2014 La Galera, SAU Editorial, por la edición en lengua castellana

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A, via Leopardi, 8 - 20123
Milán, Italia. foreignrigh@atlantyca.it, www.atlantyca.com

Todos los nombres y personajes contenidos en este libro son licencia
exclusiva de Atlantyca S.p.A. en su versión original. Sus versiones
traducidas y/o adaptadas son propiedad de Atlantyca S.p.A. Todos los
derechos reservados.

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95

08019 Barcelona

www.lagaleraeditorial.com

lagalera@lagaleraeditorial.com

Impreso en Limpergraf. Mogoda, 29-31 Pol. Ind. Can Salvatella.
08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-13.186-2014

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-5232-6

No se permite almacenar, reproducir o transformar de ninguna manera, ya sea electrónica
o mecánica, incluyendo la fotocopia o el escaneo o cualquier otro sistema de almacenaje,
la totalidad o parte de este libro sin la autorización escrita del propietario del copyright.
Para más información, contactar con Atlantyca S.p.A.

Sir Steve Stevenson

DESTINO
SAMARCANDA

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Elena Martínez



laGalera

DECIMOSEXTA MISIÓN

PARTICIPANTES



Agatha

Doce años, aspirante a escritora de novela negra, tiene una memoria formidable.

Larry

Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.



Mister Kent

Exboxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.



Watson

Inquieto gato siberiano con el olfato de un perro conejero.



Tío Lester

Tiene una gran barba de vikingo y va siempre vestido de cuero. Como un centauro, viaja continuamente por el mundo y adora la libertad.





Era un sábado de principios de junio y los rasca-cielos de la City londinense resplandecían bajo el sol. Los ventanales de Baker Palace reflejaban un cielo azul intenso, salpicado de pequeñas nubes blancas que parecían bolitas de algodón.

En la última planta del edificio, el ático quedaba prácticamente escondido tras una densa selva de antenas parabólicas.

En su interior reinaba siempre un caos total, con la moqueta cubierta de artilugios tecnológicos, revistas de música y cajas de pizza vacías.

Aquel día, sin embargo, estaba insólitamente ordenado. Larry Mistery se había pasado toda



la noche trabajando para dejarlo presentable, metiendo un cachivache tras otro en la docena de bolsas negras que ahora estaban agrupadas en un rincón.

El chico emergió de debajo del gran escritorio, presidido por el ordenador y una serie de aparatos electrónicos de última generación. Estaba pálido y demacrado, con los ojos marcados por unas profundas ojeras. Llevaba un esmoquin muy elegante, negro como su pelo, adornado por una pajarita de seda y un par de zapatos de charol.

—Por la barba de la reina —gimió—, ¡aquí tampoco están!

—Sabes que detesto esa expresión —subrayó la mujer que estaba inmóvil en el centro de la habitación—, Su Majestad la reina de Inglaterra no tiene barba en absoluto. No entiendo por qué te obstinas en repetir esa estúpida exclamación.

Aunque la mayoría de sus parientes pensaba que estaba estudiando publicidad, Larry estaba



inscrito en la Eye International, la prestigiosa escuela de investigación que formaba a los mejores detectives del Reino Unido. Durante las peligrosísimas misiones que había realizado a lo

largo y ancho del mundo, el chico se había

enfrentado a delincuentes de la peor

calaña; sin embargo su madre seguía

teniendo el poder de aterrorizarle

como el mayor de los criminales.

Sybil Donnington-Groove era

una mujer de unos cuarenta años,

guapa y menuda. Llevaba su larga

melena negra azabache re-

cogida en un moño, un par de

gafas y un traje de chaqueta de

raso gris hecho a medida. Con

los brazos cruzados, observó a

su hijo con desaprobación.

—Sabes muy bien lo impor-

tante que es para mí el paquete





que te he confiado. Y sabes también que para mí la puntualidad es sagrada. Por lo tanto, señorito, será mejor que recuerdes de inmediato dónde lo has puesto. De lo contrario, créeme, te vas a ver en el peor aprieto de tu vida.

— ¡Creía que lo había dejado justo aquí, sobre la mesa! — exclamó Larry.

— ¿Y entonces por qué no está ahí?

— No lo sé, por la barba de la... esto, perdona...

— Si no fuera porque vamos tan retrasados — suspiró ella —, ya se me habría ocurrido un buen castigo.

— Tengo catorce años. ¿No crees que ya soy un poco mayor para los castigos?

— ¡No empeores tu situación, Larry Mystery! Soy tu madre y tendré derecho a castigarte incluso cuando hayas cumplido los cincuenta.

El chico reanudó la búsqueda con un suspiro.

Tras el divorcio, Sybil Donnington-Groove había recuperado su apellido de soltera, pero durante



un breve periodo de su vida se había llamado Sybil Mystery. Quince años antes se había casado con Samuel Mystery, que en aquella época trabajaba como arquitecto de jardines en la corte real de Inglaterra. Ella acababa de empezar su carrera en el palacio de Buckingham, donde gestionaba todos los encuentros públicos y privados de la casa real británica. De esa unión había nacido Larry, pero el matrimonio no duró mucho. Y es que era difícil imaginar dos personas más diferentes: mientras que Samuel era alegre, impulsivo e imprevisible, Sybil era, en igual medida, austera, puntillosa e inflexible. Fueron justamente su proverbial meticulosidad y su puntualidad suiza las que le permitieron hacer carrera en la corte.

Absorbida totalmente por su trabajo, Sybil apenas conseguía salir de su despacho en palacio. Hacía por lo menos tres meses que no se dejaba ver por el ático de Baker Palace, aunque no dejaba de llamar por teléfono a Larry cada día para



que no olvidara lavarse los dientes y estudiar.

—¿Y te sorprende no encontrar nada? —saltó—. Pero ¿has mirado bien a tu alrededor? ¿Has visto en qué estado se encuentra este lugar?

Larry recordó con una mueca burlona la noche pasada en blanco para que la habitación estuviera presentable, pero no rebatió a su madre. Sybil, implacable, señaló las bolsas de basura acumuladas en el rincón.

—Por no hablar de tus repugnantes costumbres alimenticias. Te atiborras de pizza y comida preparada y ni siquiera te dignas a tirar los envases vacíos. ¡Eres igual que tu padre! Un desastre ambulante.

Larry no respondió. Estaba demasiado ocupado registrando la habitación, buscando desesperadamente el minúsculo paquete envuelto en papel dorado que su madre reclamaba.

Aquel era un día muy especial para los Mystery: en la catedral de St.Dunstan-in-the-West,



dentro de media hora, se iba a celebrar la boda del primo Darren. Muchísimos parientes, entre los cuales su genial primita Agatha, se iban a reunir para festejar el acontecimiento. Pero el éxito de la ceremonia dependía justamente del paquete que Larry no conseguía encontrar.

Darren tenía veintinueve años. Como todos los miembros de la familia Mystery, tenía un trabajo más bien extravagante: se dedicaba a elaborar los crucigramas que aparecían cada día en el *Times*, el más antiguo y prestigioso periódico londinense. Esa tarde iba a contraer matrimonio con su novia Loretta, una brillante actriz de teatro.

En la época en la que Sybil había estado casada con Samuel se había encariñado mucho con el «pequeño Darren», que entonces tenía unos catorce años. Con ocasión de la boda, se había ofrecido para ocuparse del regalo más importante: las alianzas que los novios se intercambiarían en el altar.



Para Larry no había supuesto ningún problema pasarse por la joyería a recogerlas, pero luego no sabía dónde las había puesto.

El chico dirigió una mirada furtiva a su madre, que se estaba mordiendo el labio.

Tenía que recuperar los anillos a toda costa, o le caería una buena.

— ¡Claro! — exclamó chasqueando los dedos—. Ya sé qué hacer.

Bajo la mirada escéptica de Sybil, Larry extrajo el EyeNet, el ingenio supertecnológico multifuncional que tenían todos los alumnos de la Eye International.

— Lo ves, mamá, en caso de necesidad este artefacto funciona también como un detector de metales. ¡Gracias a él, encontrar los anillos será pan comido!

— Haz lo que quieras — dijo la madre con exasperación —, ¡con tal de que te des prisa! El taxi está esperando en la calle desde hace trece minutos...

Y como nos perdamos la entrada de los novios en la iglesia, te vas a enterar.

Siguiendo el suave *bip-bip* que procedía del aparato de titanio, Larry se movió con cautela por la habitación.

Cuando el sonido aumentó de intensidad, el chico se dio cuenta de que había detectado el oro de los anillos. Naturalmente, habían acabado en una de las bolsas de basura amontonadas al fondo de la habitación.





— ¡Aquí están las alianzas! —sonrió entregando a su madre el paquete. Estaba algo manchado porque se había caído en el interior de una caja de hamburguesas vacía—. ¿Lo ves? ¡En el fondo no es tan mala idea no tirar enseguida la basura!

Sybil le dirigió una mirada gélida y se encaminó hacia la puerta de entrada.

El chico se dispuso también a salir pero, justo en ese momento, el EyeNet lanzó un fortísimo timbrazo. Era un mensaje de UM60, su profesor de Prácticas de Investigación: Larry acababa de ser reclutado para una nueva misión. Tuvo el tiempo justo de leer el texto que brillaba en la pantalla.

AGENTE LM14,
NUEVA MISIÓN.
DESTINO: SAMARCANDA, UZBEKISTÁN.
OBJETIVO: DESCUBRIR LA IDENTIDAD DE UN
MISTERIOSO LADRÓN DE ARTE Y RECUPERAR
EL BOTÍN USURPADO AL MUSEO DE ULUGH BEG.
SALIDA DE LONDRES EN CUATRO HORAS.



—¿Vienes o qué? —gritó Sybil desde el rellano.

Larry suspiró. En ese momento no tenía tiempo de ocuparse de la misión. Guardó el artefacto en un bolsillo del esmoquin y siguió a su madre hacia los ascensores.